

Desde hace algunos días, por la mañana, la alarma del despertador salta a las cuatro y media pero Lola no se levanta hasta que suena por tercera vez. Le gusta consumir al máximo el tiempo acurrucada entre las sábanas. Después se levanta como un resorte, se viste, baja corriendo las escaleras y corriendo realiza el trayecto de casa hasta la estación. A veces llega tan puntual que, en alguna ocasión, su bolso ha quedado atrapado entre las puertas y es tal el estruendo que provoca que la gente se vuelve para mirarla. Sonrojada baja la cabeza e intenta sentarse en el primer sitio que encuentra. Pero otras veces, busca un asiento estratégico, se quita su abrigo, su bufanda, mete la mano en su bolso, saca un pequeño bloc y escucha tranquilamente a esas mujeres que entran a borbotones en cada estación. Son mujeres mayores o más o menos jóvenes; mujeres rubias o morenas, canosas o con la raíz del cabello blanco y el resto multicolor. Como también multicolor es su ropa. A Lola le gusta mirar sus manos regordetas y sonrosadas que tanto hablan de esas mujeres que limpian Zara, El Corte Inglés o vete a saber qué colegio, qué instituto, qué guardería... esas manos que se mueven arriba y abajo mientras ellas charlan y charlan... Y Lola va registrando historias como la de de Toñi, una mujer de 60 años que se quedó viuda muy joven, con dos hijos pequeños. Sacarlos adelante le costó las de "dios en cristo", como ella decía. Tenía que levantarse a las tres de la mañana, primero limpiaba un bar y un portal, después el colegio, luego una oficina y otra vez al colegio. Ahora, sin embargo ni siquiera necesitaba trabajar. Sus hijos ya se habían casado y ella había encontrado un novio. Si lo hacía era porque le gustaba hacerle regalos a las nietas y además, ¡qué narices! los huesos le dolían menos trabajando que en casa ... O la historia de "la mía Paqui" que se había separado hacía tres años porque era mejor "fregar suelos que terminar debajo de una lápida". "La mía Paqui" andaba toda preocupada porque ese año su hijo hacía la comunión y ella quería comprarle un traje de marinero para que fuera bien guapo, pero claro, entre pagar el piso y todo lo demás no le quedaba mucho para ahorrar... Y estaba las historias de esas otras mujeres que no iban sino que regresaban. Ellas eran de tez negra y voluminosas o rubias y altas o bajitas y una cadencia dulce en el hablar. Cuando entraban todo el vagón se llenaba de un intenso olor a perfume. No mirar sus prominentes y generosos escotes o sus botas de espectaculares plataformas era un reto casi imposible. Ellas eran conscientes de que provocaban comentarios y miradas de reprobación pero ninguna bajaba la cabeza, al contrario, desafiantes tomaban éste o aquel asiento. Entre ellas siempre venía Laila, una brasileña joven, con una mirada que no sabías si era dulce o triste y que cuando llegaba a casa dormía unas horas y después se iba a la facultad a estudiar enfermería...

Aquella mañana repasando su libreta Lola se sentía contenta, había hecho un buen trabajo. Los madrugones habían merecido la pena. Así que cerro su bloc y ... no pudo evitar escuchar la historia que contaban de Marina. Marina se había casado muy joven y había emigrado a Venezuela. Allí tuvo un hijo y las cosas le fueron de cine, sólo que un día mientras tomaba el café con las amigas le dieron la noticia de que su marido había tenido un accidente y estaba muy grave en el hospital. Cuando llegó ni siquiera estaba ya en la habitación. Con la tristeza en el alma tuvo que regresar a su pueblo y pelear lo indecible para sacar adelante a su hijo . Y lo hizo de la única forma que pudo, limpiando y limpiando colegios y casas ...Sin embargo, Marina siempre estaba alegre, jamás dejaba de sonreír aún en los días más duros. Y sobre todo, antes de irse a casa, le gustaba tomarse un café y fumarse un cigarro con las compas. Y así le pilló, otra vez, la trágica noticia... y ya no pudo sonreír más. Marina ya sólo veía la imagen de su hijo entre los amasijos del coche y temblaba al imaginárselo frío, completamente frío. Había vuelto al trabajo pero se quedaba en un rincón o merodeaba por las aulas susurrando que ella quería morirse, sólo morirse. Sus compañeras, para que no la echaran, le iban haciendo sus tareas hasta que una mañana ya no apareció. La despidieron por última vez en la iglesia. Le llevaron un ramo de flores inmenso y después, todas, se fueron a tomar un café y fumarse un cigarro...

EL PRIMER TREN DE LA MAÑANA

El tren ha llegado a la última estación y el vagón poco a poco se queda vacío. Sólo queda Lola, que refugia su cara entre sus manos e intenta meterse en la piel de Toñi, de “la mía Paqui”, de Laila y de Marina, sobre todo de Marina y sin saber por qué rompe a llorar... Y sabe que tendrá que pensar en otro artículo para ese mes porque las historias de estas mujeres merecen más espacio que dos hojas de una revista.

Elvira Dieguez Silveira